

## SANTIAGO MAGDALENO GILSANZ, MAESTRO

En septiembre de 2008, el profesor Santiago Magdaleno Gilsanz decidió acogerse a la jubilación anticipada. Arribó a este puerto por decisión propia después de una singladura de 29 años de trabajo en la Universidad de La Laguna y algunos más en enseñanza primaria y secundaria. Es verdad que podía haber seguido navegando por un tiempo, pero tenía la sensación de haber surcado más de una vez todos los mares que podían interesarle. También lo es que esa perspectiva suya contrastaba con la de sus alumnos y alumnas: un año atrás cuando se corrió la voz de que quería jubilarse, un nutrido grupo del mejor alumnado de Sociología de todos los cursos, comisionado por sus compañeros, vino a rogarle que no lo hiciera porque con él se perdía un referente imprescindible<sup>1</sup>. Tal vez no fuera del todo cierto, pero lo importante aquí es que el alumnado así lo percibía.

Es posible que favoreciera su decisión no sólo la libertad de vivir que se le supone a cualquier jubilado voluntario que goce de buena salud física y mental, sino la irritación creciente que le producía una institución en un proceso de huida constante de su pasado y de su presente hacia un futuro impreciso, que sólo era mañana. Santiago Magdaleno era justo lo contrario, el profesor y maestro de diferentes generaciones de estudiantes, que permaneció leal a sus concepciones y métodos de enseñanza y a la certeza de que para ser un profesor riguroso, competente y reconocido no necesitaba del camaleonismo acelerado propiciado por las vanguardias didácticas y tecnológicas y sí generar un contexto de enseñanza en el que lograra dominar el código cultural del alumnado y dirigirlo a su crecimiento intelectual y académico. Su éxito como profesor, por tanto, radicó en su permanente disposición para analizar y reflexionar sobre la docencia y acerca del hecho social de la clase, agarrarse a la palabra como herramienta comunicativa fundamental y dar respuestas cabales a cada situación particular.

---

<sup>1</sup> Por una feliz coincidencia publican sendos artículos en este número de la revista dos exalumnos de Santiago Magdaleno: Diego Santos y Roberto Gil. Otros, aunque directamente no fueran alumnos suyos, sí se beneficiaron de sus lecciones: Begoña Zamora y Mariano González.

Esa rara virtud y su escasa predisposición a publicar lo convirtieron en un sospechoso. Porque la institución, comenzando por sus organizaciones más cercanas —Departamento, Facultad...— carece de versatilidad para someter a crítica práctica los dogmas más extendidos de sus creencias. Como, por ejemplo, que una buena docencia está determinada por un alto nivel de investigación, que el estudio y la investigación para la docencia no es investigación y escasamente estudio, que los medios y formas de presentación de los contenidos son más importantes que los contenidos, que la docencia universitaria, en fin, debería ser una extensión natural del marketing y la publicidad. De otro modo, que en realidad cuando es el proceso lo que importa, tampoco existen tantas diferencias entre los tipos puros de dominación de M. Weber y un *Big Mac*. Para algunos, la última evidencia (por ahora) de esta deriva se ha vivido en la universidad española con la Reforma de las reformas: la constitución del Espacio Europeo de Educación Superior. Los que llevamos varias décadas en la universidad hemos vivido numerosas reformas definitivas para resolver todos los males que aquejan a la enseñanza superior que, dicho sea de paso, casi nunca se diagnostican en el interior de la universidad y tampoco se documentan suficientemente. Respecto a cualquier reforma anterior, ésta ha sido mucho más larga, más errática en el proceso, menos reflexionada y criticada, inmensamente más burocratizante y administrativista y, sobre todo, mucho menos democrática. Lo que no ha sido óbice para que, más que cualquier otra anterior, cuente con auténticos ejércitos de fieles y acólitos.

Para muchos de nosotros, ni siquiera es una tabla de agarre la doble moral tan propia del profesorado universitario: decir que se hace lo que se establece que debe ser hecho y hacer lo que tú consideras que debe hacerse deja de ser refugio suficiente para el naufragio que se nos avecina. El costo de la resistencia comienza a ser muy alto. Santiago pudo elegir y lo hizo. También porque sintió cierto ninguneo de sus colegas de éxito en la institución; de aquellos que crecieron académicamente «engordando el currículum», según expresión de C. Lerena, con investigaciones y publicaciones perfectamente prescindibles, incluso, para el teatro científico. Quienes sabiendo que era reconocido por su alumnado como un profesor excelente, nunca se acercaron a él para aprender; antes bien, confundiendo el estatus y el saber se atrevían a intentar darle lecciones. Porque es difícil sentirse parte de una institución que se embarca continuamente en reformas retóricas y formales para mejorar la docencia y nunca se le ocurrió identificar y detenerse a estudiar a sus buenos profesores. Así, se entiende mejor la huida de Santiago frente a cualquier intento de homenaje oficial por su jubilación. En esas condiciones difícilmente puede tener un sentido de pertenencia a la Universidad como institución. Porque del alumnado llevaba años recibiendo homenajes curso a curso, promoción tras promoción, aun cuando nunca aceptara ser «padrino de promoción»; otra enmienda a la confusión creada por una universidad que considera, cada vez más, que «el hábito sí hace al monje».

Tal vez como J. Sabina, Santiago no tuvo otra patria que el idioma, aun cuando tuviera presente que el mundo del español hablado y escrito, como el título de un libro de Ciro Alegría, fuera «ancho y ajeno».

Porque las patrias chicas y mudables de los relativistas de siempre cazan mal con el aprendizaje de la vida de los que, como Santiago, son casos evidentes de

movilidad social ascendente a través de la educación, incluso con anterioridad a la existencia de una auténtica universalización en el acceso a la enseñanza y de la constitución de un sistema educativo de carácter propedéutico que en España tiene que esperar a la Ley General de Educación de 1970, en las postrimerías de la Dictadura. El mudar de espacio social en esas condiciones convierte a quienes lo logran en un fronterizo, en un apátrida, en un extraño de sí mismo. Poco que ver con los que, como J. Rilke, consideran que «la infancia es la patria del hombre» y mucho más cerca del aserto de un viejo campesino extremeño, quien refiriéndose a su propia vida afirmaba que «nacíamos viejos y moríamos jóvenes». Porque la conciencia de subalternidad no se adquiría por el estudio sino por la experiencia cotidiana desde que despertabas al mundo: sometido, humillado, explotado, ofendido; vencido... Porque la razón le asiste a P. Bourdieu cuando sentencia que «el conocimiento primero es reconocimiento del orden social». En una clase obrera triplemente derrotada desde la Guerra: no era clase, no era humana porque no tenía derecho a pensar ni a decir y no existía otro futuro para sus hijos que el caprichoso azar de que les abandonaran. Luego, parte de los que se identificaron con la consigna anarquista de que «la única iglesia que ilumina es la que arde», tuvieron que someterse al chantaje de entregarles a sus hijos a las Órdenes Religiosas o a los Seminarios Regulares con la esperanza de que escaparan a la condición de «exiliados interiores» de sus padres. Entonces las contradicciones también estaban prohibidas, pero formaron parte del legado heredado por los pocos triunfadores en las batallas por la movilidad social.

Finalmente, esto no es un homenaje al profesor Santiago Magdaleno Gilsanz. Es una deuda contraída por los sucesivos consejos de redacción de *Tempora*. Aparte de su trabajo honesto, riguroso, paciente y documentado en la revista, *Tempora* le debe hasta el nombre. Con su dominio del latín, típico de cualquier teólogo de entonces, nos sugirió ese nombre para la revista en el momento de su fundación, aparte de darnos una interesante clase sobre sus sentidos a cuya seducción no pudimos sustraernos. *Tempora*, pues.

Consejo de redacción de *Tempora*